

TIRSO DE MOLINA

Por el sótano y el torno

Edición a cargo
de
ALONSO ZAMORA VICENTE

SUMARIO

ADVERTENCIA-PRÓLOGO EN 1994	9
INTRODUCCIÓN CRÍTICA	19
Leyendo a Tirso, poeta.....	19
El contraste	23
La pintura de interiores	38
Madrid, hermoso abismo	43
Rapidez, cinematografía	44
Una voz portuguesa	45
Final.....	47
LA EDICIÓN.....	49
RESUMEN DE LA VERSIFICACIÓN	53
PROPORCIÓN EN QUE APARECEN LOS DISTINTOS METROS	54
BIBLIOGRAFÍA.....	55
ADDENDA A LA BIBLIOGRAFÍA.....	65
POR EL SÓTANO Y EL TORNO	
Personas.....	71
Acto primero	73
Acto segundo.....	121
Acto tercero.....	179
NOTAS ADICIONALES	229
ÍNDICE DE LÁMINAS	233

ADVERTENCIA-PRÓLOGO EN 1994

LA Comunidad madrileña ha decidido incluir, entre sus tareas culturales, la edición de textos relacionados con Madrid. Obras en las que la ciudad y sus habitantes sean los protagonistas, y en las que los madrileños de hoy veamos cómo la villa en que nacimos, vivimos y nos desvivimos se va convirtiendo en criatura artística, a vueltas con la esquivia realidad y la ilusoria figuración. Mucho ayudará esta serie de textos a levantar una conciencia de madrileñismo, no de visera y mantón *alfombrao*, de verbena noctámbula con churros y aguardiente en la neblinosa amanecida, al obligado regreso de mayo, una brisa tierna y acariciadora sustituyendo al implacable gris del Guadarrama. No; veremos tomar cuerpo a un Madrid sólido, integral, resolvedor de sus propios problemas, codeándose con las grandes ciudades europeas. Porque eso es Madrid: una gran capital europea y no sólo un barrio de ella en fiestas típicas o en sosegada tertulia en el amplio corralón, lindero con los arrabales.

Es natural que un Madrid literario sea de creación muy reciente: podemos adjudicarle, sin temor, una fecha de nacimiento: aquella en que Felipe II decidió convertir el pueblecillo medio serrano-medio manchego en capital de la inmensa monarquía. Es entonces cuando, inevitablemente, la desmesura innata a toda creación artística se ceba en el minúsculo villorrio. Si volvemos la vista, incluso sin afilados instrumentos eruditos, a esos días, veremos que Madrid era bien poca cosa. Una villa diminuta, con viejo fuero. Sin correr, sin esforzar el paso, a la andadura normal de un paseo despreocupado, se dejaba recorrer su contorno entero en unos quince minutos. Aún se adivina en el plano actual el camino de la vieja muralla primeriza, casi circular, encerrando en su ámbito la primitiva estructura medieval, de callejones entrecruzados y angostos: del Alcázar (en el lugar que hoy ocupa el Palacio Real), al barranco de la calle de Segovia

(con su Puerta de Segovia al Oeste); subía luego por las Costanillas hasta la Puerta de Moros (la del Sur), seguía por las Cavas (con la Puerta Cerrada, que tanto le valió a Lope para hacer chistes ensalzadores de su ciudad) y continuaba hacia el Este luminoso (Puerta de Guadalajara, en el cruce de la Calle Mayor con Milaneses y la plazuela de San Miguel: de ahí el llamar Puerta de Sol al extremo Este de un ensanche; otro estironcillo más tarde, hará la Puerta de Alcalá). La vieja muralla descendía por Espejo y Escalinata (aún queda algún resto empotrado en las edificaciones decimonónicas) y regresaba al Alcázar de nuevo. Dentro de tan breve ámbito, quedaban algunas iglesias mudéjares y románicas, que el tiempo ha ido eliminando. Incluso los restos del XVI son poco destacables: la Casa de Cisneros (fachada de la Calle del Sacramento) o, ya fuera del recinto, las Descalzas Reales, leves testigos aquí y allá.

Ahora viene el hecho social, estremecedor. En esa agrupación urbana no hay nada que justifique la joven capitalidad. Hay, sí, un alcázar regio, como lo hay en Segovia, en Toledo, en otras tantas ciudades que fueron frontera, y hay, también, unos espléndidos bosques para la caza. No hay universidad, no hay sede episcopal, no es lugar de leguleyos o de militares. Está lejos del mar, no tiene un río presentable... Metamos ahora en esa reducida extensión, a prisa y corriendo, *toda* la balumba de la administración: secretarías de gobierno, consejos de esto y de lo otro y de lo de más allá, con su turba de golillas y gorriones. No olvidemos la guarnición necesaria para los casos de urgencia y para la exhibición colorista en las ceremonias palatinas. Coloquemos la administración de justicia, con su plaga de jueces, magistrados, amanuenses, alguaciles y covachuelistas. Hagamos sitio a las embajadas, tan exigentes por lo general, amablemente despectivas e inclinadas a la comparación injusta y mal intencionada... En ese estrecho círculo medieval hay que hacerle hueco a la ostentosa y privilegiada manifestación del clero: desde el arcipreste representante del Arzobispo toledano hasta el personal de las parroquias crecientes, sin menospreciar la llegada tumultuosa de las órdenes religiosas, que, en poco tiempo (y todas aspirarían a verse representadas en la Corte) sembraron la ciudad y sus alrededores de templos y recintos conventuales,

y hasta crearon un tipo arquitectónico nuevo, sumiso a la disposición de los solares... No había hospitales (o lo que se llamaba hospital era insuficiente: el de La Latina, por ejemplo). Todos los días remanecían por el villorrio crecedero viajeros de todas partes, procedentes de la ilimitada geografía del Imperio, y llegan enfermos, rotos por las largas cabalgadas, los cambios de climas y de sistemas de vida, y es menester atenderlos, y ya no basta con la caridad ejemplar de los vecinos turnándose... Una sonrisa atolondrada nos nace al saber que las cofradías piadosas, encargadas de cuidar a los maltrechos, son las causantes de que el teatro se convirtiera en espectáculo remunerador, al recurrir a representaciones a horas determinadas, en lugar fijo y pagando la asistencia. Asombra, cada vez más, pensar en lo que debió ser la vida colectiva en Madrid, los primeros quince, veinte años de la capitalidad: hasta que el caserío, en su crecimiento imparable hacia el Este, llegase al Prado de San Jerónimo. La vieja muralla y las formas de vida en ella constreñidas, se enviaron al foso del olvido o al de la ceniza documental. Hoy, y sólo a veces, es un leve recuerdo en la nomenclatura de la ciudad. Las famosas *casas a la malicia*, hipócrita escaparate de la regalía de aposento (todavía Lope de Vega, ya entrado el XVII tuvo que redimir su casa de esta servidumbre, a costa de dinero) eran medidas o trucos bastante inocentes: la gente debía de vivir a salto de mata, cultivando el engaño, la trampa, los alquileres ficticios, los parentescos inventados... La autoridad llegó incluso a prohibir la estancia en la Corte a los pretendientes que, pasado cierto tiempo, no hubieran logrado ver resuelta su petición, su demanda de un cargo, de una sinecura en Indias o en un escondido pueblo de la Península, lejos, Dios sepa dónde. La novela picaresca no fue sólo novela, es decir, sublimación artística de la vida, sino la vida misma para los miles de personajes sufridos que, para subsistir, no disponían del apoyo suficiente en aquella sociedad piramidal. Quizá por representar el lado ingrato de la vida, de una vida más ingrata aún, los madrileños no nos hemos visto retratados en la picaresca, o, por lo menos, no nos hemos reconocido. Hemos exaltado siempre la variante de su retórica de hacer al héroe peregrino, habitante de muchas geografías. Pero la raíz de tanto y tanto andar hundido en el engaño tenía muy

buena escuela en Madrid. Nos colocamos, o nos han colocado, en otros lugares de la topística popular.

El teatro fue vehículo vivísimo de esa sociedad en eterno conflicto, que, además, se nos exhibía como una diversión, disfrazada, en último término, de caridad por el destino del dinero de las entradas. Y Madrid comenzó a verse bien retratado en las tablas. No hacía falta el rato de diálogo mudo y solitario que exigía la lectura de un libro. Tampoco se daba la soledad que la lectura provechosa exige. El teatro satisfacía de un solo golpe multitud de querencias, dudas, solicitudes, ensanchaba generosamente los horizontes, ponía en pie el pasado común, desvelaba caminos al futuro. Las citas de Madrid en los versos de Lope, de Tirso o de Calderón repercutían en una sensibilidad en carne viva: la de los espectadores madrileños. Eran las diminutas llamadas de la comedia a no dejarse llevar por fantasías o seductoras llamadas al ensueño. El Madrid que sonaba en el escenario era el Madrid que ellos conocían y transitaban cotidianamente: la Puerta de Guadalajara era el sitio donde se iba a comprar los tejidos elegantes y caros, y las joyas. Todavía hace poco llamábamos *Platerías* a una corta zona de la Calle Mayor, donde un café se empeñó en mantener el recuerdo largos años, y la Calle de Ciudad Rodrigo era, para un madrileño y más si era de esos barrios, la *Platería Vieja*. Sus oscuras tiendecitas de plateros golpeaban en las horas, frecuentemente amargas, de la familia que se veía forzada a tapar su ruina vendiendo las joyas heredadas, o, en el mejor de los casos, a transformarlas, para, si en verdad eran heredadas, disimularles la edad. La Puerta del Sol, centro destacado del primer ensanche, el del siglo XVI en sus amenes, era ya el punto de reunión y de encuentro, como lo ha seguido siendo más tarde. Las iglesias que enmarcaban la plaza han desaparecido: queda el nombre de la Victoria como testigo, en una calle al comienzo de la Carrera de San Jerónimo. La piqueta decimonónica privó a los madrileños de un conjunto artístico espléndido, al demoler San Felipe, la Victoria y el Buen Suceso. Las calles de Carretas, de la Montera, el Carmen Calzado, todos rebullen por el teatro, se recuerdan los atascos frecuentes por la abundancia de coches, el clamor de los vendedores con encendidos pregones... Y los santuarios, basílicas y santos